

FASCISMO Y BERLUSCONISMO

PAOLO FLORES D'ARCAIS

1.

La Italia de Berlusconi no es el fascismo. La dictadura propietaria del cavaliere Berlusconi no es la dictadura política del cavaliere Mussolini.

El fascismo fue ante todo violencia squadrista. Bandas armadas que prendían fuego a las sedes de los sindicatos, de los partidos de izquierdas y de las “casas del pueblo”, que agredían a personalidades individuales (incluso católicas reformistas), apaleándolas salvajemente, y obligándolas a beber aceite de ricino, para añadir humillación a la violencia. Pietro Gobetti, un joven escritor-editor liberal, que dialoga con el Gramsci teórico de los “consejos de fábrica” morirá precisamente a consecuencia de una paliza.

El fascismo fue esencialmente violencia, es indisociable de la violencia, fue conquista violenta del poder, en una clara subversión de la legalidad. Una violencia y una subversión – que conste – que podían atajarse con facilidad, si la mayoría de las fuerzas políticas e institucionales “moderadas” hubiera considerado la legalidad un valor superior al beneficio y al privilegio. Por el contrario, la violencia fascista encontró un ferviente apoyo en la complicidad de sectores cruciales del Estado, y en la aquiescencia de todos los demás: desde el Rey hasta el ejército, desde el presidente del gobierno, Luigi Facta, hasta el ex primer ministro liberal Giovanni Giolitti, hasta Benedetto Croce. Convencidos, estos dos últimos, de que podían utilizar al fascismo en contra de “los rojos” y después “despedirlo” cuando terminara con el trabajo sucio. Una dolosa ilusión de los liberales a medias.

Una vez en el gobierno, Mussolini transformó rápidamente el poder ejecutivo en poder a secas, y gracias a unas oposiciones a menudo condescendientes o débiles, siempre divididas, y a los “aguadores” del mundo católico y liberal, y obtuvo la consagración del consenso electoral. A partir de entonces no conoció trabas: disolvió los demás partidos, abolió la libertad de prensa, mandó asesinar al líder de la oposición, Giacomo Matteotti. Creó un sistema de espionaje manifiestamente fascista, introdujo nuevos tipos de delitos políticos, criminalizando cualquier tipo de disidencia, y como los magistrados corrientes no los aplicaban con la severidad auspiciada por el régimen, creó un “Tribunal especial” para dictar sentencias de años de cárcel o de “destierro”¹.

Pero la dictadura fascista no se limitó a la violencia, a la represión de todo tipo de disidencia, aunque fuera solo potencial. No se conformó con la destrucción de los partidos, de los sindicatos y de la prensa libre. Pretendió integrar orgánicamente en el régimen a todos los italianos, hacer obligatoria e inevitable su participación y colaboración, la identificación entre ser fascista y ser italiano. Desde la cuna hasta la tumba.

En primer lugar, a través de un sistema capilar de espionaje recíproco: en cada edificio, un “jefe de bloque” de demostrada fe fascista, que mantiene informada a la policía secreta fascista de cualquier sospecha, o incluso del mínimo rumor, de cualquier chiste contra el régimen. Pero en ese caso sólo se habría llegado a la represión. Sin embargo, lo que se militariza, lo que se

fascistiza es la vida entera. Se empieza desde niño. Entre los cuatro y los seis años uno pasa a formar parte de los “Hijos de la Loba” (las niñas, “Hijas de la Loba”)². A los nueve años los niños se convierten en “Balilla³”, y las niñas en “Pequeñas italianas”, a los catorce en “Vanguardistas” y “Jóvenes italianas”, respectivamente. Entre los dieciocho y los veintidós, uno se encuadra en las “Fascis juveniles de combate” (o en las “Jóvenes fascistas” en el caso de las chicas) y en la “Juventud italiana de las fasces lictorias”. Mientras tanto, se disolvían los Boy Scouts.

A los que llegan a la enseñanza superior y a la universidad, se les encuadra en los “Grupos universitarios fascistas”, que tienen, a partir de 1934, también una competición cultural anual, los “Littoriali”, cuyos ganadores pueden presumir de llevar en la chaqueta el distintivo de oro con la “M” (de “Mussolini”). En todas las franjas de edad la educación es también paramilitar, obviamente: se empieza con fusiles de juguete para los hijos de la Loba, y se acaba con las prácticas de los estudiantes, bajo el lema “libro y mosquete, fascista perfecto”.

Pero además de la “educación” (es decir, al adoctrinamiento fascista) de la juventud, está toda la vida adulta, donde todos los servicios sociales de un estado del bienestar embrionario se prestan únicamente a través de una adhesión activa al fascismo. Es el caso de la “Obra nacional maternidad e infancia”, que presta a las madres asistencia sanitaria pre- y posparto, y profilaxis y tratamiento de la tuberculosis infantil, y de la “Obra nacional combatientes y veteranos”, que organiza la asistencia social a los militares de la gran guerra (el intervencionismo primero, y la “victoria mutilada” después, habían sido los vehículos para el ascenso político del ex socialista Mussolini), y del “Instituto nacional fascista para la prevención social” (seguro de desempleo, cheques familiares, complementos salariales para trabajadores con horario reducido), y de la “Obra nacional postrabajo”, que, en palabras del régimen, “cuida de la elevación moral y física del pueblo a través del

deporte, el excursionismo, el turismo, la educación artística y la cultura popular”. Añádanse las colonias de verano para los niños y adolescentes. Y, para la “mujer fascista”, los cursos de primeros auxilios, de higiene y de economía doméstica.

Eso por lo que respecta al “tiempo libre”. En lo referente al tiempo de las actividades económicas, cada trabajador y cada empresario está encuadrado en las corporaciones y los sindicatos del régimen. En sustancia, no hay momento o aspecto de la jornada que se sustraiga a la conscripción ético-política del régimen. Cuyo ideal es la fascistización de la existencia. Más que nunca esa voluntad totalitaria se ejerce en el ámbito de la cultura. Se desmantela la secular autonomía de las universidades: todos los docentes vienen obligados a un juramento de fidelidad al fascismo. Se someterán todos, menos doce (o catorce, según otros cálculos) de entre 1.250. Merece un comentario aparte el cine, al que el régimen dará un enorme impulso, al ser consciente de sus potencialidades de sugestión. Estrictamente fascistas son los noticieros cinematográficos, que preceden a la proyección de todas las películas. Tienen escaso éxito las películas explícitamente propagandísticas, mientras que los dos filones que atraen al gran público son las superproducciones sobre la antigua Roma (que pretenden sugerir una analogía con el imperio fascista) y los “teléfonos blancos”, historias intimistas de la buena burguesía, que “distraen” de los problemas de la vida real.

En resumen, el fascismo pretende saturar de su presencia todos los ámbitos de la existencia, porque quiere crear un nuevo tipo de ser humano. En efecto, el fascismo tiene su propia doctrina e incluso su propio filósofo oficial, Giovanni Gentile. Su propia “concepción del mundo” basada en “virtudes” retóricas y en la retórica de prevaricaciones indecentes (hasta las leyes raciales). Y quiere modelar a todos y cada uno de los individuos según dicha doctrina. alternando la violencia y la implicación a través de los servicios sociales o el adoctrina-

miento (el palo y la zanahoria, como escribirá el propio Mussolini).

2.

No hay nada o casi nada de todo eso en la Italia de Berlusconi, por lo menos hasta ahora. No hay violencia squadrista, en primer lugar. Y la diferencia entre la obediencia y el consenso logrados a través de la violencia física, u obtenidos a través de la manipulación mediática sigue siendo esencial, sobre todo para quien la padece, pese al exceso de ideología de Francfort y posmoderna que tiende a anularla en la categoría abstracta del “dominio”.

Existe una pluralidad de partidos, de cabeceras periodísticas, de organizaciones sindicales. A intervalos regulares se elige un parlamento mediante sufragio secreto. La autonomía de las universidades está reconocida, los magistrados se nombran por oposición y están “sujetos solo a la ley”, son independientes del ejecutivo. En resumen, la Constitución oficialmente vigente sigue siendo la constitución republicana aprobada en 1948 y nacida de la Resistencia antifascista. Una descripción puramente formal de las instituciones no deja entrever nada que difiera a la Italia del poder de Berlusconi del estándar internacional de una democracia liberal.

Pero es sabido que las descripciones convencionales pueden ser engañosas. Sobre el papel, la constitución estaliniana de la URSS de 1936 era la más democrática que se hubiera visto jamás en todo el globo terráqueo. Y sin llegar a ese abismo de “desfase” entre forma y realidad, la politología de todas las tendencias sabe que la expresión pluripartidismo puede expresar (u ocultar) las realidades más diversas, dado que son fundamentales las cuestiones de fondo en las que se desarrollan las elecciones, los que han venido en llamarse los presupuestos materiales o socio-culturales de la democracia. En un país dominado por el narcotráfico y por el control violento del territorio por parte de sus bandas, no hay voto formalmente secreto que garantice realmente la libre elección del ciuda-

dano. Una libre elección que, para poder ejercerse, implica también un nivel mínimo de informaciones veraces, sobre los hechos y sobre los candidatos. El principio de “una cabeza, un voto” establece la técnica para el ejercicio de la autonomía de cada cual, pero se requieren unos contextos preliminares de legalidad y seguridad, igualdad de derechos políticos, información, sin las cuales el voto libre tiende asintóticamente hacia la quimera.

Por consiguiente, echemos un vistazo a la constitución material, efectivamente vigente en la Italia dominada por Berlusconi. Empecemos por la información. Por los dos indicadores fundamentales, la imparcialidad (fidelidad a los hechos) y la pluralidad (cañales de televisión y radio, agencias periodísticas, cabeceras del papel impreso, y –cosa que nunca hay que olvidar– contratas de publicidad). En Italia, aproximadamente el 90 por ciento de la población se informa exclusivamente a través de los canales de televisión. Ahora bien, quitando una pequeña cadena (“La7”, con una audiencia media de entre el 2 y el 3 por ciento⁴), Berlusconi controla totalmente la información televisiva. La mitad de los seis canales nacionales (los canales “comerciales”) son directamente de su propiedad, y en el caso de la otra mitad (los “públicos”) lo son de forma indirecta, controlados por la mayoría de gobierno que impone personas y programas. Y de hecho, de entre las decenas de telediarios y de programas de análisis o de discusión, sólo han quedado dos programas donde todavía encuentran un sitio los hechos incómodos para el gobierno (uno de ellos, que Berlusconi “ordenó” cerrar, se emite únicamente gracias a una sentencia de la magistratura). Lo demás es silencio. El “periodismo” televisivo ya no se limita a manipular y a adulcorar los hechos. Los anula, directa y simplemente, cada vez que sean susceptibles de dejar en mal lugar a Berlusconi. Su brazo derecho, el senador Dell’Utri, ha sido condenado por vínculos con la mafia, incluso en última instancia, a siete años de cárcel, pero el principal telediario anunció su absolución (por-

que no se le condenó por las imputaciones de los años posteriores).

La situación es distinta en el caso de la letra impresa, pero sólo el 10 por ciento de los italianos lee el periódico (incluyendo en esa cifra los diarios deportivos). Los periódicos ya sólo le hablan a una élite reducida. Y también en el periodismo impreso Berlusconi posee o controla numerosas cabeceras, la editorial más importante (Mondadori), y ya ha intentado hacerse con el diario más importante (*Corriere della sera*), y se dispone a intentarlo de nuevo, tras colocar a amigos leales en el núcleo de los accionistas más importantes.

3.

De la información a la justicia. Si eso es posible, es aún más grave el daño que el régimen de Berlusconi ha infligido a la “ley igual para todos”. Que en Italia es una conquista (parcial) muy reciente. Incluso después de la entrada en vigor de la Constitución republicana, la justicia siguió siendo en gran medida “de clase”: impunidad casi absoluta para todos los sectores del establishment, rigor y dureza para el delincuente “sin enchufe”. Y sobre todo, ha seguido funcionando el principio que hizo famoso el cinismo de Giovanni Giolitti a principios del siglo xx, “para los amigos la ley se interpreta, para los enemigos se aplica”.

Las cosas iban a empezar a cambiar únicamente en los años setenta, debido a una convergencia de motivos que es imposible abordar aquí (pero al que no es ajena las repercusiones del movimiento igualitario del '68). Algunos jueces (a los que inmediatamente el periodismo conservador ha calificado polémicamente como “jueces de asalto”) empiezan a investigar los escándalos en los que están implicados en relaciones de corrupción grandes grupos industriales y personalidades del gobierno. Pero en general, las investigaciones posteriormente se trasladan a Roma (técnicamente: son reclamadas), donde a la fiscalía se la conoce como “el puerto de las brumas”, precisamente por lo sistemáticamente que

aparca los procedimientos. Sin embargo, en los años ochenta cada vez son más numerosos los magistrados que no tienen miedo de investigar a los poderosos, hasta la famosa investigación “manos limpias” de 1992. Ésta surge de un caso de pequeña corrupción (pero odiosa: afecta al hospicio de ancianos de Milán, una institución que era una de las “joyas de la corona” de la ciudad, fundada en 1771) y acabará por involucrar a todo el sistema político y a todos los empresarios italianos más importantes.

Es el momento en que la administración de justicia se aproxima más al dictado constitucional: la ley igual para todos, la acción penal obligatoria, la independencia de la magistratura, sujeta únicamente a la ley.

Berlusconi está destruyendo todo eso. Sistemáticamente. Y muy a menudo con la complicidad, y en cualquier caso con la aquiescencia, de la oposición excomunista. Por lo que respecta al código penal, ha ordenado aprobar un elevadísimo número de leyes ad personam, que han despenalizado los delitos por los que había sido condenado en primera instancia o por los que corría el peligro de serlo en un futuro (él o sus amigos, obviamente)⁵. Una vez desaparecido el delito, la absolución es automática. De esa forma dejan de ser persegibles prácticamente todos los delitos típicos de los “cuellos blancos”. Un solo ejemplo, clamoroso: la despenalización de hecho de la “falsedad en el balance” se produce en la misma época en que Bush – ¡Bush, no un bolchevique! – a causa de la indignación popular por algunos escándalos financieros, aumenta la pena para ese delito a más de veinte años de cárcel.

A las despenalizaciones se suman las leyes procesales que han facilitado cada vez más las escapatorias para los imputados (reducción de los plazos de prescripción, dificultades para las rogatorias internacionales, etcétera) y una política “material” en materia de justicia que hace improbo el trabajo de los magistrados, por falta de recursos técnicos y de personal administrativo. De esa forma, con un buen abogado, el procesamiento de un personaje “ex-

celente” acaba casi siempre “fuera del plazo máximo”, y el delincuente queda libre de antecedentes penales.

A todo ello se añade la intimidación institucional y la agresión mediática contra los magistrados que siguen haciendo su trabajo. Para hacer una crónica, siquiera resumida, de todo ello, haría falta un libro. En algunos casos se trata de advertencias de auténtico estilo mafioso. En cualquier caso, siempre se trata de un linchamiento mediático de gran eficacia, que convence al sector más desinformado de la población de que Berlusconi es víctima de una persecución de las “togas rojas” (¡muchos de sus “inquisidores”, por el contrario, pertenecen a las corrientes más moderadas de la magistratura!). Añádase el goteo de traslados de policías por ser demasiado competentes a la hora de realizar investigaciones poco gratas al poder (un número impresionante de casos, aunque tomados de uno en uno no sean noticia). Y añadamos la impunidad que el gobierno garantiza (aquí también con la colaboración de los partidos de centro-izquierda) a los responsables de una auténtica central de seguimientos ilegales, vinculada con sectores aviesos de los servicios secretos⁶. Una central que “atencionaba” (con el mismo desprecio por la gramática que por la ley: es decir, espiaba) a numerosos magistrados, periodistas, intelectuales y empresarios considerados “enemigos” del poder berlusconiano (el que esto escribe ha tenido el honor de encontrar su nombre en esas listas). Resulta milagroso que, en esta atmósfera de deslegitimación que ya dura casi veinte años, todavía sean muchos los magistrados que, entre dificultades crecientes, siguen trabajando sin considerar intocables a los poderosos.

Las cosas no están mejor en el ámbito de la educación y la cultura. Aquí la destrucción de la autonomía crítica no se produce a través del adoctrinamiento de una ideología totalitaria, sino haciendo realidad un clima de “pensamiento único”, que homogeneiza en la melaza del conformismo y de la reducción a espectáculo comercial lo que ya no es más que “consumo” cultural. Por lo demás, la gestión del “patrimonio cultural”, que junto al natural es la prin-

cipal riqueza del país, ha sido hurtada a los especialistas (arqueólogos, restauradores, historiadores del arte), y por ejemplo la dirección de los museos se ha confiado a un ex directivo de McDonalds. Se maltrata la ciencia con unos fondos para la investigación ridículos; con nombramientos humillantes (el vicepresidente del “Consejo nacional para la investigación” es un fundamentalista católico que rechaza el darwinismo y las cronologías estándar: cree que los dinosaurios y el homo sapiens convivían hace algunas decenas de miles de años⁷); y con programas de televisión totalmente enfocados al misterio y la “objetividad” de los milagros (el padre Pío, vírgenes que lloran sangre, y demás supersticiones). La enseñanza pública se está yendo a la ruina, el número de profesores se ha reducido para todas las asignaturas salvo la de religión (cuyos docentes son remunerados por el Estado pero elegidos por los obispos).

El principio de la laicidad del Estado, ya pisoteado por el Concordato fascista y por el artículo 7 de la Constitución, que, gracias a Togliatti, lo confirmó, se ve cada vez más humillado y de forma cotidiana. El clima mediático es de perenne pleitesía hacia el Vaticano, la legislación intenta transformar el delito lo que para la jerarquía de la Iglesia es pecado: se acaba de aprobar por parte de una de las dos Cámaras la ley sobre el final de la vida que anula el valor del testamento vital y que hace obligatoria la alimentación y la hidratación artificial. En numerosos hospitales a las mujeres se les arrebata de hecho el derecho a abortar, gracias a la proliferación de la “objeción de conciencia” entre los médicos y los enfermeros, fomentada por las autoridades políticas. Un registro como el que se realizó en Bélgica a la Conferencia episcopal, en Italia es pura ciencia ficción. En cambio, los negocios entre la Curia y los poderes (incluso al límite de la legalidad, y más allá) están a la orden del día.

4

No obstante, donde el gobierno hace gala de su arrogancia es en la corrupción y en la mentira. Los cálculos ofi-

ciales del Tribunal de cuentas cuantifican el coste de la corrupción entre 60.000 y 70.000 millones de euros, perjuicio que sin embargo se multiplica con una miríada de efectos colaterales (obras públicas necesarias no realizadas, obras inútiles interrumpidas, nombramientos de incompetentes – pero fieles al corrupto – en todos los sectores, incluida la sanidad: un mar de ineeficacia y de despilfarro, además de latrocínio). El Parlamento tiene una tasa de delincuencia estadísticamente superior al de un arrabal de mala fama: una veintena de condenados en firme (primera instancia, recurso, Tribunal de Casación), un número altísimo de personas investigadas o procesadas⁹. En el gobierno, se nombró a un ministro precisamente para sustraerlo a un procesamiento, un político que anteriormente había sido condenado en la época de “manos limpias” (tuvo que dimitir únicamente por la sublevación de la opinión pública, incluso la de derechas), un subsecretario con orden de detención por vínculos con la camorra, el descubrimiento de una auténtica “banda” (como consta en unas escuchas entre dos investigados) para el reparto de todo tipo de contratas. Cualquier ocasión es buena, ya sean los mundiales de natación, el terremoto que golpea l’Aquila o la Expo de 2015 en Milán. Pero en la camarilla de Berlusconi también se ha dado la corrupción de magistrados, y justo antes de dictar sentencia, dos jueces del Tribunal Constitucional ¡se van a almorzar con Berlusconi!

En el plano histórico y periodístico ya es innegable que el nacimiento de Forza Italia se produce con el telón de fondo de una negociación entre sectores del aparato del Estado y la cúpula mafiosa. En el plano judicial, existen sentencias que confirman abiertamente dicha hipótesis, pero a falta de la prueba “más allá de cualquier duda razonable” no se prevén condenas. Mientras tanto se va poniendo de manifiesto la presencia de servicios corruptos en un primer atentado contra el juez Falcone, y se acumulan indicios gigantescos sobre los móviles del asesi-

nato del juez Borsellino (quería oponerse precisamente a las negociaciones Estado-mafia-nacimiento de Forza Italia). Por lo demás, por lo menos tres fiscalías están investigando sobre los “misterios” de aquel bienio decisivo: 1992, con los asesinatos de Falcone y Borsellino y sus escoltas, y 1993, con los atentados-masacre contra el patrimonio artístico de Roma y Florencia (y con una matanza fallida – in extremis – en el estado Olímpico). El carácter gangsteril de la camarilla de Berlusconi ya supera con mucho la fantasía del Bertolt Brecht con su Mackie Navaja.

Si respecto a la delincuencia y a la moral el modelo literario es Brecht, respecto a la comunicación como manipulación, es Orwell. El sistema televisivo berlusconiano ha hecho realidad la pesadilla de la “neolengua”, el instrumento con el que el Gran Hermano de la novela 1984 conseguía impedir que las masas pensaran. Las palabras se tergiversan, gracias al poder de fuego de la televisión, para que signifiquen lo contrario de lo que deberían. Ya ha pasado a ser de sentido común que los magistrados que incriminan a Berlusconi y a sus amigos son “magistrados politizados” (y lo cierto es justamente lo contrario). Que un monopolio televisivo es la apoteosis del “libre mercado”. Que pedir respeto para la Constitución equivale a fomentar el odio (en la contienda política italiana, pasada la época del terrorismo, predominaba un fair play casi anglosajón. Es Berlusconi quien lo rompe, criminalizando a sus adversarios y utilizando un lenguaje a mitad de camino entre la chabacanería y la guerra de religión). Que en Italia no hay crisis económica. Que los impuestos han bajado. Que si aumentan es por culpa del euro y de los anteriores gobiernos de izquierda. Que los medios de comunicación (¡incluidos los suyos!) están dominados por los “poderes fuertes”⁹ y por el periodismo de oposición, que esos mismos “poderes fuertes”, en connivencia con el Tribunal Constitucional, violan el derecho de la mayoría a gobernar (entendido como el derecho a “hacer lo que nos dé la gana”). Y podríamos seguir ad calendas grecas.

Berlusconi es la encarnación del Gran Hermano no sólo en la acepción orwelliana, sino también en la del homónimo formato televisivo. Respecto al primero, hemos visto que, del modelo 1984, no sólo hace realidad la neolengua, también imita las pretensiones alucinantes del “Ministerio del amor”. Y no se trata de una cosa forzada en aras de la polémica: Berlusconi ha bautizado a su organización como “partido del amor”, y ha tachado de “partido del odio” al centro-izquierda (así como a los magistrados y al periodismo libre). Y sobre esa invención maniquea ha desencadenado una auténtica oleada de fanatismo, con rituales de entusiasmo y devoción dignos de Ceausescu¹⁰: eslóganes y canciones, y demás vítores cada vez que Berlusconi aparece entre sus partidarios. Por lo demás, el himno de su partido se titula, con frugal modestia, “¡Menos mal que está aquí Silvio!”.

En cambio, del Gran Hermano como formato televisivo hace realidad la apoteosis de la ilusión que se hace pasar por realidad, es decir de una pregunta “realidad” en directo que en verdad materializa el guion de los sueños establecidos por el régimen, pese a que más allá de las escenografías postizas no haya más que escombros. Es lo que ocurrió por ejemplo en el caso de la “reconstrucción” tras el terremoto de l’Aquila¹¹.

En esta falsificación de la democracia es evidente que la controversia política pierde sus últimos puntos de amarre en la argumentación racional. Ya no existen los “hechos”, pero ya tampoco nadie está obligado por las ataduras de la lógica. Se puede desmentir hoy lo que se afirmó ayer, y se puede sostener durante el mismo programa de debate una opinión y la opinión contraria, una opinión y lo contrario de las consecuencias que se derivan lógicamente de ella. Lo que cuenta es la capacidad de ulular interrumpiendo al adversario, el histrionismo de las actitudes, la desfachatez al mentir, la arrogancia de la “buena presencia” y de la vulgaridad del insulto propinado en el momento justo. Se convierte en “virtud” toda la panoplia

de las falacias semánticas y pragmáticas estigmatizadas en los tratados de retórica.

El no-razonamiento se convierte en segunda naturaleza para el político pero también para el elector. Éste, es más, ante el desprecio del político por los hechos y por la lógica, experimenta la fascinación de la “voluntad de poder”. Un desprecio que, aclamado en vez de desenmascarado, desborda en un “delirio de omnipotencia” para el político, voluptuosidad de sumisión para el ex-ciudadano.

5.

Así pues, el régimen de Berlusconi no es el fascismo. Pero indudablemente es una forma, nueva e inédita, de destrucción de las instituciones democráticas-liberales, y de la ética pública mínima que las sustenta. Que quede claro, aquí estamos dejando totalmente a un lado su política económica y social, el crecimiento exponencial de la desigualdad, la devastación del estado del bienestar, la polarización de la riqueza, porque son fenómenos que están acechando y erosionando a todas las democracias de Occidente. Aquí nos ocupamos únicamente del aspecto liberal de las democracias modernas, en los rasgos que deberían ser irrenunciables – tanto para las derechas como para las izquierdas.

Berlusconi está vaciando de contenido una de las mejores constituciones democrático-liberales del mundo, sustituyendo un sistema de controles de legitimidad, de balance des pouvoirs, de derechos inalienables de los individuos, por la voluntad despótica de alguien que, una vez obtenida una mayoría electoral, queda por ello “Ungido por el Señor”. Pero la mayoría como principio que autoriza a todo, ilimitadamente, es un principio jacobino. Lo contrario de la democracia liberal, del “gobierno limitado” del que hablan Jefferson y Madison. Por querer conferir nobleza a un régimen de puros chanchullos, podríamos por tanto definir al de Berlusconi como el jacobinismo de los ricos, jacobinismo reaccionario, jacobinismo vandeano.

Yendo a lo esencial: Berlusconi no quiere reducir la democracia al plebiscito, sino al sondeo, donde cada “ciudadano” está aislado y carece de cualquier tipo de instrumento cultural y social para su propia y efectiva autonomía, inerme ante un poder mediático-fabulador-clientelar carente de contrapesos, y ante el “Hombre de la providencia” que lo encarna. Para Berlusconi la vida pública es solo un gran escenario para publicitarios y embaucadores, un gigantesco bazar. O, si se prefiere, Berlusconi concibe el Estado a la medida de una empresa, la democracia como una firma (suya), donde no hay ciudadanos sino empleados y/o consumidores, un accionista de referencia y algunos accionistas minoritarios, y donde las decisiones del Consejero Delegado no pueden obstaculizarse ni retrasarse. He ahí por qué para su mentalidad de magnate (¡cosa que sin embargo llegó a ser gracias al apoyo político de Bettino Craxi, no lo olvidemos!) resulta verdaderamente incomprensible e irracional la división de poderes, el gobierno limitado, los insuperables límites constitucionales. Lo de Berlusconi no es fascismo, pero únicamente porque en realidad está llevando a cabo una versión posmoderna del Estado patrimonial de ancien régime.

Sin embargo, actualmente el régimen de Berlusconi está cruzando el umbral que separa un vaciamiento de la constitución de una auténtica subversión. Mientras escribo esto está teniendo lugar en el país un durísimo enfrentamiento a propósito de unas leyes que supondrían una primera muestra de auténtico fascismo. Una de ellas, que impediría utilizar en la investigación de casi todos los delitos el instrumento de las escuchas telefónicas (propuestas por un magistrado y autorizadas por otro, que conste)¹², y que condenaría a los periodistas a un mes de cárcel, y a los editores a multas estratosféricas (casi medio millón de euros) por cada publicación de las pocas escuchas que todavía se admiten (en sustancia, se ata las manos de los magistrados y se amordaza y se ponen grilletes a los periodistas: impunidad y

silencio), se ha retirado sólo tras varios meses de movilizaciones populares y por la certeza de que el Presidente de la República no la habría firmado¹³.

Por tanto, que el berlusconismo no sea (todavía) fascismo no debe tranquilizarnos. El fascismo no es el único modo de enterrar la convivencia democrática, es el modo históricamente determinado en que eso ocurrió en Europa a partir de principios de la década de los veinte. Pueden existir otros, y los habrá, con el mal la historia siempre es generosa de inventiva. La vía berlusconiana es ya una forma inédita de destrucción de la democracia. Únicamente cabe preguntarse si, bajo esa forma, Italia no constituye de nuevo, a menos de un siglo de distancia, un laboratorio de vanguardia de un proceso degenerativo que podría contagiar nuevamente a Europa.

Marx, corrigiendo a Hegel, sostiene que los hechos y los personajes sí se presentan dos veces, pero la primera como tragedia y la segunda como farsa. Y sin embargo, iba a verse desmentido de inmediato, dado que la “farsa” de Napoleón “el menor” llevará a Francia a la tragedia de la guerra y de la derrota ante Prusia, y a la burguesía francesa a la sangrienta y sanguinaria represión de la Comuna de París, sacrosanta reacción popular a aquella derrota.

Por consiguiente, Europa hará bien en no embelesarse – con el maqueado “Mussolini el menor” de Arcore – en el minimalismo tranquilizador e ilusorio. Desde hace años, al hablar de Berlusconi, Europa se centra principalmente en el carácter chabacano del personaje, en su comportamiento de cabaré durante las cumbres internacionales, en lo ridículo de su cabello transplantado y de sus facciones reconstruidas, en su jactancia imaginaria de Casanova de medio pelo, en la banalidad y la vulgaridad de unos chistes rancios que hacen reír solo al que los cuenta. Dado que el personaje no es serio, Europa ha considerado que no debe tomarse en serio la destrucción democrática que está llevando a cabo, entre ocurrencias y bufonadas, el “payaso de Europa”, como lo definía l’Express en su portada en julio de

2009¹⁴. Pero cuando en una democracia europea un personaje de farsa es capaz de acumular un poder desmedido, la burla ya se ha convertido en infortunio. Y no solo para el pueblo que la padece, que en cualquier caso es culpable, sino también para el resto de Europa, que irresponsablemente se limita a la burla y a la ironía, en vez de asumir unas medidas inaplazables para acabar con el virus de la antidemocracia que podría contagiarla.

6.

Donde Europa tiene razón es a la hora de pedirnos a los italianos explicaciones del enigma sobre el consentimiento a Berlusconi. ¿Por qué su guerra declarada contra la Constitución republicana encuentra consensos? ¿Qué empuja a la mitad de los italianos a esa voluptuosidad de “servidumbre voluntaria”? En realidad no hay ningún misterio. Las explicaciones son sencillas, pero precisamente por ello a menudo son rechazadas. Procedamos con orden, empezando por los intereses “estructurales” que protege y favorece la antidemocracia de Berlusconi.

Berlusconi se proclama a sí mismo pregonero de todas las libertades. Pero después siembra a manos llenas (mejor dicho, a vídeos llenos) el desprecio por todas las minorías, ya sean sexuales, étnicas o políticas. Y cuando el insulto procede del vértice del poder ejecutivo, supone algo más que una amenaza, porque alguien puede interpretarlo como un “vía libre” a los “hechos consumados” (no es casual que esté haciéndose endémica la proliferación de agresiones contra los homosexuales). En realidad, Berlusconi odia las libertades liberales, que tutelan a las minorías, hasta llegar a esa minoría extrema que es cada individuo, el disidente individual. Berlusconi es únicamente paladín de la “libertad antropófaga”¹⁵, en la que solo “los más” tienen derecho a ser tutelados, por ser más fuertes. Con el inevitable paso ulterior, mejor dicho, simultáneo: exclusivamente la libertad de quien “tiene más”. La única libertad que conoce Berlusconi es la de los espíritus animales del capitalis-

mo sin normas. La libertad propietaria como libertad caníbal, homo homini lupus.

Dado que en todos los países europeos existe cierta corrupción por parte de los políticos gobernantes, muchos piensan que el caso italiano sólo constituye un índice de latrocinio un poco más alto. Gravísimo error. El atraco a mano armada de las “bandas” de gobierno es gigantesco, desmedido, sistemático, omnipresente, y está tan seguro de la impunidad que se exhibe con una arrogancia desvergonzada. No es casual que un kilómetro de autopista o de metro de “alta velocidad” en Italia cueste dos, tres o cinco veces más que en Francia, en Alemania o en España. En la Italia de hoy en día, la definición de Lenin, para quien el Estado es el comité de negocios de la burguesía, no se corresponde con la realidad por el simple hecho de que el gobierno es el comité de negocios del hampa, la criminalidad que se ha hecho Estado.

Esa licencia salvaje para la desmesura del privilegio logra el consenso popular en primer lugar a través de la difusión en masa del privilegio-ilegalidad-impunidad. Los indultos urbanísticos y las regularizaciones fiscales por los impuestos impagados, por ejemplo. Los efectos son devastadores para las generaciones posteriores, pero por lo pronto se han reclutado legiones de personas en el interés inmediato de la violación de las leyes. Una auténtica bacanal de esa “libertad antropófaga” ha sido la ley sobre la repatriación de capitales, que ha reducido al 5 por ciento el tipo impositivo sobre los beneficios no declarados, tipo que habría sido hasta diez veces más alto, y que ha garantizado un anonimato total y la imposibilidad de investigar el origen de esos capitales, llevando a cabo un auténtico blanqueo de dinero por parte del Estado. En cuanto a los reiterados indultos urbanísticos, éstos destruyen lo poco que queda de una de las riquezas históricas de Italia, la belleza natural de sus paisajes.

En resumen, el principio de la impunidad para los poderosos se ha hecho popular a través del espejismo de un usufructo de masas cómplice y mu-

do. Y sus efectos sobre la ética pública son fáciles de imaginar. En realidad, el privilegio de la ilegalidad impune no es como “los panes y los peces”: la multiplicación tiene sus límites, si no queremos acabar como en Grecia, al borde de la insolvencia, mejor dicho, precipitarnos en ella. Al país de Jauja de la ilegalidad de masas, que por su naturaleza seguirá repartiéndose de forma abismalmente asimétrica, se le une por tanto la demagogia del sueño y del enemigo, potenciada de forma desmedida por la televisión. Los Reyes Magos permanentes de las promesas. Ni siquiera podemos intentar hacer una lista de ellas, por lo cotidiana que se ha vuelto la fantasía de los “efectos anuncio”. Una auténtica “vie en rose” de efectos hipnóticos para el ágora católica de las amas de casa y los jubilados que viven en la televisión.

Y a ello se suma la catalogación de los enemigos como “untori¹⁵”, que impiden la eclosión de dicha “rose”. Berlusconi los califica de “comunistas”, a pesar de que el comunismo se extinguió hace más de una generación, y de que para quien tenga menos de treinta años resulte tan fantasmal como el “coco” de la infancia. Pero eso sirve para darle la consistencia fantasmagórica del “Mal” a todo lo que puede limitar o disputar su poder (por antonomasia, dispensador del “Bien”). Desde los magistrados y los periodistas que cumplen con su deber, al fisco que pretende obligar a pagar a los evasores. De hecho, acusa a “los comunistas” de pretender hacer realidad un “Estado de policía tributaria¹⁶”, por mucho que el centro-izquierda hubiera puesto en marcha la lucha contra la evasión fiscal con sumo cuidado y con guantes blancos. En suma, el “comunismo” significa para Berlusconi la igualdad de los ciudadanos ante los impuestos y las leyes, el abecé histórico y teórico de las democracias liberales.

7.

Queda el otro aspecto que explica el enigma. Todavía más banal, y al que por lo tanto los observadores extranjeros no quieren dar crédito: la

ciclópea estupidez de los dirigentes de la oposición. Cuando no la complicidad, cosa que ocurre a menudo.

Los hechos. Berlusconi ha sido derrotado dos veces, en 1996 y en 2006. Y habría podido salir derrotado incluso desde su misma aparición en la escena pública, en 1994, cuando todos los sondeos le daban una ventaja aplastante al centro-izquierda, si tan sólo la formación democrática hubiera elegido como candidato a un independiente, en vez de a Achille Occhetto, el último secretario general del PCI. Una complacencia fatal. Berlusconi lleva a cabo una campaña con el lema del anticomunismo más tradicional, y, aliándose con la Lega Nord y los ex-fascistas, gana por los pelos. Pero dos años después entra en conflicto con la Lega, y hay que volver a las urnas. Basta con que el centro-izquierda escoja como candidato a un no ex-comunista, Romano Prodi (nada del otro mundo, pero un economista apreciado, y católico “conciliar”) y gana sin despeinarse. Parece el fin de Berlusconi. No sólo político, sino también empresarial, e incluso personal. No hay más que echar un vistazo a los periódicos de la época: se preguntan quién ocupará el puesto de Berlusconi en el liderazgo de las derechas (“quién”, no “si”), cuándo se declarará la quiebra de sus empresas, lastradas por deudas estratosféricas (“cuándo”, no “si”), y cuál de las investigaciones, de las muchas que hay y por delitos gravísimos, lo llevará a la cárcel (“cuál”, no “si una”).

En ese momento llega el golpe maestro de Massimo D'Alema, que había sucedido a Occhetto como secretario general del ex-PCI: en vez de actuar para dejar definitivamente fuera de juego a Berlusconi (¡bastaba con no hacer nada!), le propone interpretar juntos el papel de Padres de una Constitución “refundada”, en la demencial convicción de que Berlusconi es el más débil de todos los adversarios posibles, y al que por tanto hay que salvaguardar. Lo que sigue es del dominio público: canonizado por el ex-PCI como “Padre Constituyente”, Berlusconi reafirma su liderazgo sobre su formación, logra opulentos créditos de los bancos,

consigue leyes bipartidistas que le permiten no ir a la cárcel. Y por tanto, en 2001, gana las elecciones. Pero gobierna tan mal que a dos meses de las elecciones de 2006, Prodi le aventaja en los sondeos por veinte puntos. Sin embargo, la campaña electoral del centro-izquierda es una obra maestra de estupidez y masoquismo, y al final la victoria se logra por pocos miles de votos. No obstante, gracias a la ley electoral, la mayoría en la Cámara seguirá siendo amplia. En cambio, en el Senado, es de un par de escaños. Pero eso sólo fue porque el centro-izquierda había rechazado el apoyo de las “listas cívicas regionales” independientes (de izquierdas), que ya estaban preparadas en casi todas las regiones y con unos resultados acreditados – dependiendo de las zonas – de entre el 3 y el 12 por ciento. Los dirigentes del centro-izquierda posteriormente explicarán que un éxito de las “listas cívicas” habría supuesto un “problema político”. Lo que traducido significa: es mejor perder, pero seguir controlando monopolísticamente “su” electorado, que ganar con el apoyo de una parte de la “sociedad civil”. De esa forma, el segundo gobierno Prodi, rehén de unos antiguos aliados de Berlusconi que habían cambiado de chaqueta por puro oportunismo, cae dos años después.

En suma, jamás un ascenso fue más resistible que el de Silvio B.

Por lo demás, en los siete años en los que el centro-izquierda estuvo en el gobierno, no se distinguió en nada – respecto a lo que hará Berlusconi – en materia de los dos temas que dominan la política italiana desde 1992: la justicia y la televisión¹⁷. Y cuando esté en la oposición, una oposición evanescente, se preocupará sobre todo de que los movimientos autónomos de la sociedad civil, que sacarán a la calle, en dos actos, a más de un millón de personas¹⁸, no se transformen en una fuerza política organizada.

En cambio, Berlusconi supo interceptar la oleada de “antipolítica” que recorre la sociedad, y presentarse como la alternativa a los políticos profesionales, mientras que hasta ahora nadie de la izquierda ha sabido hacer lo mis-

mo. Es más, entre la izquierda se siguió condenando el creciente sentimiento de indignación y de rabia hacia la clase política como manifestación del pasotismo. No obstante, el desprecio que golpea a la “casta¹⁹” es ambivalente: para el hombre fuerte y para un gobierno autoritario podría tener el mismo efecto que el del canto de las sirenas, pero hoy en día expresa más a menudo el deseo de una política radicalmente más democrática, cercana a los ciudadanos, y controlada por ellos. La desidia periodística la califica de “antipolítica”, pero si acaso se trata de “antipartitocracia”, y lo que exige es “más política”, y su devolución a los ciudadanos.

En efecto, una democracia basada en el monopolio de los profesionales vitalicios de la política ha transformado la esfera pública en esfera privada, la actividad de representación en un oficio autorreferente, cuya medida es el lucro personal que se puede obtener de él. En esas condiciones, se invierte la relación entre representante y representado. El “representado” no se siente representado en absoluto, únicamente siente que puede elegir entre “enajenaciones” más o menos completas de su voluntad. No es casual que disminuya la participación electoral, e incluso cuando sigue siendo alta, los ciudadanos manifiestan en el sondeo del día siguiente toda su desconfianza hacia los representantes que acaban de elegir: “Son todos iguales”, “tanto da uno como otro”, “bonnet blanc et blanc bonnet”, hasta el “el caso es que todos roban”.

La vida política ya es exclusivamente una carrera profesional, dentro de un circuito inversión-consenso-beneficio-nueva inversión. Si no se hace frente al meollo de la partitocracia, si no se proyecta una estrategia para reducirla a la mínima expresión, la alternativa será entre dos formas de darse de baja de la democracia: la partitocrática y la populista-autoritaria. Las izquierdas actualmente existentes (las socialdemocracias y otras tercera vías risibles) son incapaces no sólo de afrontar el problema, sino de plantearselo siquiera, desde el momento que

son parte integrante y estructural del problema mismo. Por eso han sido incapaces de sacar partido de una crisis financiera que a pesar de todo les ha ofrecido bazas clamorosas a los defensores de la igualdad. De hecho, ha demostrado, desde el punto de vista de la divinidad capitalista, la eficacia, la necesidad de una transformación radical, a partir de la toma democrática de la Bastilla de unas finanzas “sin trabas”. En suma, la izquierda está cada vez más lejos de sus electores potenciales, que con toda justicia son exigentes en materia de más “igualdad y libertad”.

En cambio, entre la derecha, la reacción y la conservación son capaces de jugar a dos barajas, el vaciamiento partitocrático y la subversión constitucional. Sin embargo, a la izquierda, para vencer, le basta con presentarse, aunque sea en dosis homeopáticas, como una formación ajena a los ritos de la deriva partitocrática²⁰. A estas alturas, en Europa ganará quien sepa ocupar el reducto estratégico de la antipolítica. Dejársela una vez más a las nuevas derechas cargadas de resentimiento racista es el crimen que están llevando a cabo las izquierdas. Porque están comprometidas hasta la médula en los intereses del establishment.

8.

Alguien podría seguir pensando que Berlusconi constituye poco más que la acentuación de los defectos de las derechas europeas. Eso sería ceguera.

La libertad antropófaga del privilegio, el jacobinismo de los poderosos es pintado por el despotismo mediático de Berlusconi como “garantismo” contra la vocación “policial” e “inquisitorial” – es decir, incurablemente estalinista – de los “comunistas”. La ley “manos atadas para los magistrados y mordaza para los periodistas” se presenta como protección de la privacidad. La leyenda es esa. En cambio, la realidad es un régimen policial, pero contra “los últimos”. Para los extracomunitarios ya existen en Italia auténticos campos de concentración, las cárceles rebosan de camellos de poca monta y también de “peones” de las

mafias, pero el hampa de las concesiones, de las estafas y del blanqueo financiero, de la corrupción política, del espionaje industrial “amigo”, y por último la criminalidad organizada elevada a nivel de chaqueta cruzada (el que manda de veras), ya está siendo protegido por la ley. La justicia de clase pasa de ser una praxis de poder hasta convertirse en ordenamiento jurídico.

Para el tejido social, todo ello es catastrófico. Cada ley promulgada para inmunizar a los amigos y a otros “amigos de los amigos” reverbera con sus efectos de impunidad en una esfera criminal más amplia, desde el momento que no es (¿todavía?) posible una ley perfectamente de clase, que discrimine por ingresos y por estatus. En Italia, las mafias nunca han estado tan “mimadas” como con los gobiernos de Berlusconi. Mintiendo descaradamente, el régimen pregonó a los cuatro vientos que nunca se había combatido a la mafia con más dureza y con más eficacia, pero mientras tanto Berlusconi proclama el anatema contra Gomorrha, la novela de Saviano, por difamar y enfangar a Italia. En resumen, el enemigo es la legalidad. Tanto más cuando la trama política-negocios-delincuencia empieza a consolidarse como una característica estructural de gran parte de Europa. También desde ese punto de vista Italia, a la zaga de la Rusia de Putin, corre el riesgo de hacer de avanzadilla de las demás democracias de Occidente.

Obsérvese la paradoja: históricamente, las derechas son el partido de “ley y orden”, y las izquierdas son tachadas de permisividad y de justificar “sociológicamente” la delincuencia, mientras que las derechas enarbolan el estandarte de la tolerancia cero. En ese aspecto, Berlusconi es a primera vista el mundo (de la derecha) al revés. En realidad marca una transformación profunda: una vez que la magistratura consiga aplicar con total autonomía del poder político (y financiero) la tolerancia cero, o por lo menos sus rudimentos, se aproxima aquello que aborreacen los establishments: la drástica reducción material, además de jurídica,

del privilegio mismo. La legalidad democrática, si es coherente, es el poder de los sin poder.

Por tanto Berlusconi representa probablemente la derecha del futuro, que no será capaz de tolerar ni siquiera como cuestión de principios la igualdad político-jurídica, si existe el riesgo de que se transforme en realidad. Que tendrá que constitucionalizar el privilegio, dar forma jurídica a la sociedad de las nuevas castas. La Rusia de Putin, con sus oligarcas y sus mafias, con sus periodistas en peligro de eliminación física, y con una magistratura sojuzgada, constituye el prototipo de esa derecha. He ahí el motivo por el que Europa corre más que nunca el riesgo de contagio del berlusconismo, ese putinismo adaptado a Occidente. El inquietante modelo de Putin se exorciza como la malograda transición de Rusia desde el totalitarismo a la democracia. Pero ahora en Italia se está produciendo la regresión desde la democracia al peligro de un totalitarismo inédito. Minimizarlo resulta autolesivo.

Ya hemos mencionado que en el berlusconismo arraiga otro ingrediente histórico del fascismo: el clericalismo. La aversión por la laicidad, que por otra parte constituye el efecto colateral del odio hacia el pensamiento crítico. Al igual que el fascismo, el berlusconismo se muestra dispuesto a homenajear de las formas más humillantes a la jerarquía de la Iglesia, a servirla con todas las riquezas mundanas, a traducir en leyes todas las monstruosidades antiliberales de su bioética. Siempre y cuando la Iglesia, maternalmente, sepa absolver por anticipado y mitigar en el silencio las flaquesas de la carne (siempre las mismas: el dinero y el sexo) del régimen que tanto hace por la “verdadera religión”. Pero si la Iglesia, ingrata, se atreve a criticar, los métodos mafiosos golpearán incluso a sus altas esferas²¹. Un clericalismo en versión posmoderna, en cualquier caso: la genuflexión y la pleitesía a la moral de la mano de la vulgaridad más descocada en las pantallas, porque business is business, y las audiencias no se logran con padrenuestros.

Conclusión: ninguno de los actos de Berlusconi, considerado aisladamente, puede tacharse de inversión de la democracia en su contrario. Todos los gobiernos occidentales, más o menos, practican del desfase entre la poesía de las constituciones y la prosa de la acción de poder. Sin embargo, resulta decisivo precisamente el nivel de ese “más o menos”. En efecto, tiene razón Umberto Eco, que aún así no ha participado nunca del compromiso más radical y coherente de otros intelectuales (pocos) contra el berlusconismo: “Cuando una transformación de las instituciones del País se produce paso a paso, es decir en dosis homeopáticas, resulta difícil decir que cada una de ellas, en sí, sea precursora de una dictadura [...] ¿Puede decirse que el laudo Alfano anuncie una tiranía? Tonterías. ¿Y poner límites a las escuchas atenta de verdad contra la libertad de información? Qué va. [...] La característica de los golpes de estado graduales es que casi nunca se perciben las modificaciones constitucionales. Y cuando su suma llegue a dar lugar a la tercera República será demasiado tarde, porque la mayoría habrá asimilado los cambios como algo natural, y se habrá inmuniizado, por así decirlo²²”.

El berlusconismo no es fascismo. Pero únicamente porque es el equivalente funcional y posmoderno del fascismo. Porque representa la destrucción de la democracia liberal en las condiciones del nuevo milenio, en la época del predominio de la imagen, de la globalización de las mercancías y en la desmesura en la manipulación de la verdad.

Notas

¹ Residencia forzosa en islas casi deshabitadas, sin posibilidad de vida ciudadana. El “veraneo”, como lo definirán amarga y autoironicamente algunos antifascistas que la padecieron. Por el contrario, Berlusconi, a fin de rehabilitar a Mussolini, declarará *seriamente* que el *Duce* no hizo contra sus opositores nada más grave que regalarles años de veraneo.

² Y la Loba es el símbolo del mundo romano.

³ Por el apodo de Gianbattista Perasso, el muchacho de Portoria (junto a Génova) que el 5 de diciembre de 1746 desencadena una sublevación popular contra la arrogancia de los soldados austriacos.

* *Dopolavoro*, en el original: tiempo libre, ocio (N. del T.).

⁴ En vertiginoso aumento – en un mes ha superado el 10 por ciento – desde que a principios de septiembre de 2010 el director de su telediario es un periodista de la derecha moderada, que durante muchos años dirigió el telediario de la cadena de Berlusconi, y que a pesar de todo prefiere trabajar como periodista en vez de como lacayo.

⁵ Marco Travaglio ha catalogado e ilustrado decenas y decenas de ellos en su libro *Ad personam*, Milán, Chiarelettere, 2010

⁶ Las actividades ilegales están dirigidas por Pio Pompa, brazo derecho del general Pollari, jefe del servicio secreto SISMI, pero el gobierno impondrá el secreto de estado, bloqueando las investigaciones en curso.

⁷ Se trata de Roberto de Mattei, que publicará, financiado por el Consejo, (cuyo objetivo es fomentar la investigación *científica!*) un libro titulado *Il darwinismo, tramonto di una ipotesi* [El darwinismo, ocaso de una hipótesis] donde sostiene, entre otras sandeces, que el Gran Cañón del Colorado se formó sólo en el plazo de un año a causa del diluvio universal, que el mundo no tiene miles de millones o millones de años, que la datación de los fósiles es un camelo, que los dinosaurios seguían existiendo hace 20.000 años, y más en general, que la hipótesis científica de Darwin nunca se ha demostrado, es un camelo y surge de los prejuicios ideológicos anticristianos.

⁸ Véanse las distintas ediciones, con actualización constante, de *Se li conosci li eviti* [Si los conoces, los evitas], de Peter Gomez y Marco Travaglio, Milán, Chiarelettere.

⁹ Expresión jergal que alude a la patronal Confindustria y a los aparatos financieros e institucionales como si se tratara de unos conjurados contra Berlusconi.

¹⁰ Por lo demás, su más íntimo “compañero de armas”, Fedele Confalonieri, fiel de nombre y de hecho, en una ocasión, y en serio, definió a Berlusconi como “un Ceausescu bueno”.

¹¹ Como se narra en la extraordinaria película titulada *Draquila*, de Sabina Guzzanti, muy aplaudida en el Festival de Cannes.

¹² Incluso para los delitos mafiosos, para los que teóricamente los límites no son válidos. De hecho, raramente se descubre directamente una “asociación mafiosa”, a partir de, por ejemplo un asesinato. Casi siempre se descubre la asociación mafiosa investigando delitos como la extorsión, o el fraude en las concesiones, o el blanqueo de dinero, sobre los que resultará imposible realizar escuchas eficaces.

¹³ El artículo 74 de la Constitución dice: “El Presidente de la República, antes de promulgar una ley, puede solicitar, con comunicado motivado a las Cámaras, una nueva deliberación. Si las Cámaras aprueban nuevamente la ley, ésta debe ser promulgada”.

¹⁴ “*Enquête sur le bouffon de l'Europe BERLUSCONI*”, nº 3.027, julio de 2009.

¹⁵ *Liberità mannara*, en el original, de la expresión *lupo mannaro*, hombre lobo que se come a los niños.

* “Untadores”, imaginarios propagadores de la peste generados por la histeria colectiva durante la epidemia del siglo XVII en Milán descrita por A. Manzoni en su novela *Los novios* (N. del T.).

¹⁶ Literalmente. Por lo demás, Berlusconi había fomentado la evasión fiscal con una declaración oficial, transmitida por todas las televisiones.

¹⁷ No es casual que hoy en día la única oposición parezca ser la de Gianfranco Fini, cofundador con Berlusconi del partido Pueblo de la libertad, que ahora va en rumbo de colisión, y que empieza a reconocer la validez de todas las críticas que durante años hemos dirigido contra el “pequeño *duce* de Arcore”, pero que en el momento de escribir estas líneas todavía no ha salido del gobierno.

¹⁸ En septiembre de 2002, con los “girottondi” [girontondo: corro, como en el “corro de la patata”] (por iniciativa de Nanni Moretti, Pancho Pardi y quien esto escribe), y en noviembre de 2009 con el “pueblo violeta”, convocado a través de Facebook – ambos en la plaza de San Juan en Roma.

¹⁹ Es la expresión que ya se ha convertido en moneda corriente tras el clamoroso éxito del libro *La Casta*, con más de un millón de ejemplares vendidos, donde los periodistas del *Corriere della sera* Sergio Rizzo y Gian Antonio Stella analizan todos los privilegios vinculados a las decenas y decenas de miles de políticos (desde el parlamento a los pequeños ayuntamientos).

²⁰ Jospin, Zapatero, Prodi.

²¹ Fue clamoroso el caso de Dino Boffo, director de *L'avenire*, el diario de la Conferencia episcopal italiana (CEI), que había criticado, con mil cautelas, la conducta sexual de Berlusconi. *Il giornale*, periódico propiedad de la familia Berlusconi, publicará un falso “documento judicial” acusando a Boffo de homosexualidad y de delitos sexuales para cuya condena habría llegado a un acuerdo judicial.

²² *L'Espresso*, 28 de mayo de 2010.